

Jordán se acercó rápidamente y se dobló sobre aquél. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló sobre aquél. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de invidiosa observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó pero en seguida lo dejó caer y se quedó mirando a aquél, livida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y en voladura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandos. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienas de aquélla chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La renovación diaria del almohadón sin duda había impedido al principio su desarrollo; pero desde que la joven no pudo moverse la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

CIENCIA — FICCIÓN.

BRADBURY, RAY.

Nacido en 1920, Ray Bradbury se ha consagrado, —y ha consagrado— el género de la narrativa de ciencia-ficción con novelas y relatos como Fahrenheit 451, Crónicas marcianas, El vino del estío, Las doradas manzanas del sol, El hombre ilustrado, etc.

RAY BRADBURY.

CARILLA ALFONSINA  
MOLLETTA UNIVERSITARIA  
E. A. M. B.

RAY, BRADBURY

Nacido en 1920, Ray Bradbury se ha consagrado  
—y ha consagrado— el género de la narrativa de  
ciencia-ficción con novelas y relatos como Faren-  
heit 451, Crónicas marcianas, El vino del esto,  
Las doradas manzanas del sol, El hombre ilustrado,  
etc.

Aquella era una buena casa y había sido construida por  
las gentes que debían vivir en ella en el año 1980.

**CIENCIA - FICCIÓN.**

La casa era como muchas de aquel tiempo; alimentaba y  
entretiene a sus habitantes, les daba reposo y les proporcionaba  
un hogar agradable. El marido, la esposa y sus dos hijos  
vivían desahogadamente, vivían felices incluso aquellos  
períodos en que temblaba el mundo. La casa contenía cuanto  
de refinado había en la vida, las cosas amables, la música,  
la poesía, los libros que hablaban, las flores que se calentaban  
y se hacían solas, el fuego de la chimenea que se encendía  
por sí mismo al atardecer; en fin, vivir allí era una continua  
delicia.

Pasó el tiempo y un día el mundo se estremeció. Se oyó  
una explosión seguida de otras diez mil explosiones, el cielo  
se entrojó, cayó una lluvia de cenizas y radiactividad que  
acabó con aquella época feliz.

La voz del reloj cantó en la sala: toc-toc, dos siete,  
como temeroso de que nadie lo escuchara.  
La casa estaba desierta. El reloj continuó hablando en el  
vacío: **VENDRAN LLUVIAS SUAVES.**

Suspiró el horno en la cocina y de su cálido interior  
trajo ocho huevos con respaldos dorados, doce lonjas de  
jamón, dos tazas de café y dos vasos de leche tibia. Las sillas  
y mesas del desayuno, las sillas y mesas.

—Hoy es 28 de abril de 1985— anunció la voz de un fonó-  
grafo desde el techo de la cocina. —Hoy es el cumpleaños de  
Mister Featherstone. Hoy es el día de pago de las cuentas de  
los seguros, el gas, la electricidad y el agua.

En algún lugar de las paredes resonaron los golpes secos  
de transmisores y bajo los ojos se deslizaron cintas  
magnetofónicas. Hablaron voces grabadas en  
de acero.

RAY BRADBURY.

Aquella era una buena casa y había sido construída por las gentes que debían vivir en ella en el año 1980.

La casa era como muchas de aquel tiempo; alimentaba y entretenía a sus habitantes, les daba reposo y les proporcionaba una vida agradable. El marido, la esposa y sus dos hijos vivían desahogadamente, vivían felices incluso aquellos períodos en que temblaba el mundo. La casa contenía cuanto de refinado había en la vida, las cosas amables, la música, la poesía, los libros que hablaban, las camas que se calentaban y se hacían solas, el fuego de la chimenea que se encendía por sí mismo al atardecer; en fin, vivir allí era una continua delicia.

Pasó el tiempo y un día el mundo se estremeció. Se oyó una explosión seguida de otras diez mil explosiones, el cielo se enrojeció, cayó una lluvia de cenizas y radiactividad que acabó con aquella época feliz.

La voz del reloj cantó en la sala: *tic-tac, las siete, hora de levantarse*, como temeroso de que nadie lo escuchara. La casa estaba desierta. El reloj prosiguió hablando en el vacío de la mañana.

Suspiró el horno en la cocina y de su cálido interior extrajo ocho huevos con resplandores dorados, doce lonjas de jamón, dos tazas de café y dos vasos de leche tibia. *Las siete y nueve, hora del desayuno, las siete y nueve.*

—Hoy es 28 de abril de 1985 —anunció la voz de un fonógrafo desde el techo de la cocina—. Hoy es el cumpleaños de míster Featherstone, hoy es el día de pago de las cuentas de los seguros, el gas, la electricidad y el agua.

En algún lugar de las paredes resonaron los golpes secos de transmisores y bajo los ojos eléctricos se deslizaron cintas magnetofónicas. Hablaron voces grabadas, bajo las agujas de acero.

—Las ocho y uno, tic-tac, a la escuela, al trabajo, rápido, rápido —tic-tac—, las ocho y uno.

Pero las puertas no se cerraron de golpe, las alfombras no recibieron las presurosas pisadas de los tacones de goma. Afuera llovía.

En la puerta principal, la voz del tiempo cantó lentamente:

*Llueve, llueve, zapatos de goma, impermeables...* Y la lluvia repiqueteó sobre el tejado, estaban reseco. Un brazo de aluminio los arrojó a la pila y un remolino de agua caliente los arrastró hacia una garganta metálica, que los dirigió expulsándolos al mar distante.

*Las nueve y cuarto* —cantó el reloj—, hora de la limpieza.

Los pequeños ratones mecánicos surgieron precipitadamente de sus escondrijos incrustados en las paredes. Invadieron las habitaciones una multitud de diminutos animales de goma y de metal. Aspiraron el polvo acumulado de todos lugares y regresaron a sus madrigueras.

*Las diez.* Después de la lluvia salió el sol. La casa se alzaba solitaria en una calle llena de escombros y cenizas. Por la noche, la destruida ciudad emitía un resplandor radiactivo visible a muchos kilómetros de distancia.

*Las diez y cuarto.* El surtidor del jardín saturó la suave brisa matutina de ráfagas doradas. El agua, roció con delicado murmullo, los carbonizados muros del oeste de la casa, desprovistos ya de pintura. Toda la fachada era negra, salvo en cinco sitios. Aquí, la silueta (pintada de blanco), de un hombre segando el césped. Allí, una mujer se inclinaba para recoger flores. Un poco más allá, con sus imágenes grabadas sobre la madera en un instante titánico, un niño con los brazos en alto. Más arriba, la imagen de una pelota en el aire y, enfrente a él, una niña con las manos extendidas para atrapar una pelota que nunca cayó.

*La una.*

Al advertir el olor casi imperceptible de la descomposición, los regimientos de ratones salieron susurrando de las paredes, suaves como hojas caídas, con un fulgor en sus ojos eléctricos.

*La una y cuarto.*

El perro había desaparecido.

El incinerador del sótano resplandeció de pronto y un remolino de chispas se elevó por la chimenea.

*Las tres menos veinticinco.*

Mesas de bridge surgieron de las paredes del patio. Volaron las barajas y sobre las mesas cayó un diluvio de cartas. En un banco de roble aparecieron martinis.

Pero las mesas guardaron silencio; nadie tocó las cartas.

A las cuatro y media volvieron las mesas a las paredes.

*Las cinco.* Las bañeras se llenaron de agua clara y tibia. Una máquina de afeitar cayó en un recipiente lista para ser usada.

*Las seis, las siete, las ocho, las nueve.*

La cena fue preparada, servida, ignorada y retirada; el servicio de mesa lavado; en el estudio la tabaquera sirvió un cigarro con media pulgada de ceniza gris, humeante, esperando al fumador. Se animó el fuego del hogar, aunque inútilmente.

*Las nueve.* Las camas empezaron a encender sus ocultos circuitos pues la noche era fresca.

Quedaban en la pared aquellas cinco manchas de pintura: el hombre, la mujer, los niños, la pelota. El resto era una delgada capa de carbón.

La lluvia suave del surtidor llenaba el jardín con una luz en gotas.

Hasta aquel día, iqué pacíficamente había funcionado la casa! Con qué cuidado inquiría: "¿Quién está ahí?", y como no obtenía respuesta de las lluvias, de los zorros errantes y de los gatos plañideros, cerraba las ventanas y corría los visillos. Si un gorrión rozaba los vidrios las persianas crujían. ¡Sobresaltado, el pájaro se alejaba! No, ni siquiera un pájaro podía tocar la casa.

Por dentro la casa era como un altar con nueve mil servicios robots, grandes y pequeños, solícitos, atentos, en coro, aunque los dioses habían desaparecido y el ritual carecía de significado.

Un perro aulló, estremeciéndose el porche.

La puerta principal reconoció la voz del perro y se abrió. El animal entró vacilante, fatigado, estaba en los huesos y cubierto de llagas. Dejó huellas de lodo en la alfombra. Tras él zumbaron los enojados robots mecánicos molestos por recoger la suciedad y las hojarascas, que arrastraron a sus refugios para dejarlas caer por el tubo que conducía a un incinerador, asentado en un rincón oscuro como un maligno Baal.

El perro corrió escaleras arriba y ladró histéricamente al atravesar las puertas. Arañó con violencia la puerta de la cocina. Tras ella el horno preparaba pastelillos cuyo aroma se extendió por toda la casa.

El perro respiró anhelante girando, corrió sin rumbo fijo y, mordiéndose la cola, cayó muerto.

Durante unas horas permaneció tendido en la sala de estar.

366  
365  
364

Un discreto golpecito en la pared del estudio. Se oyó una voz por encima del hogar crepitante.

—Señora Mac Clellan, ¿qué poema desea oír esta noche?

La casa permaneció en silencio.

Continuó la voz:

—Ya que no expresa preferencia, elegiré un poema al azar.

Una suave música surgió como fondo de la voz.

—Sara Teasdale, su poema favorito, me parece...

*Vendrán lluvias suaves y olores de la tierra,  
y golondrinas que girarán con resplandecientes trinos.  
Y ranas que en los estanques cantarán durante la noche,  
y los ciruelos silvestres de blancura temblorosa.  
Y petirrojos que vestirán plumas de fuego,  
y silbarán sus canciones en los alambres de las cercas.  
Y nadie sabrá que hay guerra,  
nadie se preocupará del fin de la guerra.  
A nadie le importará, ni a los pájaros, ni a los árboles,  
si la humanidad entera desaparece.  
Y cuando despierte radiante la primavera al amanecer,  
apenas sabrá que hemos desaparecido.*

*El tiempo  
de la destrucción de  
la humanidad*

La voz concluyó el poema. Las sillas vacías se enfrentaban entre las paredes silenciosas y la música prosiguió.

A las diez la casa comenzó a morir.

Soplaba el viento. La rama de un árbol desarraigado rompió los cristales de la cocina. El frasco del detergente se estrelló contra el horno.

—¡Fuego! —gritaron unas voces—. ¡Fuego!

Las bombas dispararon chorros de agua desde los techos. Pero el disolvente se extendió por debajo de las puertas, in flamándose, mientras daban la alarma a coro.

El calor rompió las ventanas y el viento irrumpió en ayuda al fuego. Las escurridizas ratas de agua, haciendo girar sus ruedas de cobre, chillaban desde las paredes, disparaban su agua y corrían a buscar más.

¡Demasiado tarde! En algún lugar se paró una bomba. La lluvia del techo cesó de fluir. La reserva de agua se había agotado, tras llenar las bañeras y lavar las vajillas, durante muchos días silenciosos.

El fuego crepitó escaleras arriba, se nutrió de cuadros colgados, se meció perezosamente en los lechos y devoró todas las habitaciones.

La casa se estremeció, revelando sus huesos de roble, con su esqueleto desnudo retorcido por el fuego, sus alambres visibles, como si un cirujano le hubiera arrancado la piel dejando al descubierto las palpitantes arterias en el aire escaldado. Unas voces gritaban: "¡Socorro, socorro! ¡Fuego, corred!" Las ventanas se abrían y se cerraban violentamente, como bocas indecisas. ¡Fuego, corred! Las voces emitían lamentos con una trágica cadencia de canción infantil y el cándido coro griego se desvaneció al saltar los cables de la instalación. Más de un centenar de voces desgañitadas se apagaron, cuando las baterías de emergencia se fundieron.

En otros lugares de la casa, en el último instante bajo el alud de fuego, unos coros anunciaban la hora, el tiempo, diligencias, mientras otros tocaban música, recitaban poemas en el ardiente estudio, mientras las puertas se abrían y se cerraban con brusquedad, y los paraguas aparecían y desaparecían. Sucedieron mil cosas, como cuando en una relojería sueñan todos los relojes, a medianoche, como un carrusel chirriante, susurrante, impetuoso... Todo se acabó cuando los rollos de película se quemaron, los hilos se retorcieron y los circuitos se consumieron.

En la cocina, momentos antes del colapso final, el horno se puso a silbar históricamente, preparando desayunos en proporciones neuróticas: diez docenas de pasteles, seis docenas de hogazas en tostadas...

El derrumbre. El altillo aplastó la cocina y los restos cayeron al sótano, luego al subsótano. La nevera, sillones, camas, magnetófonos, se derrumbaron en montón informe.

Humo y silencio.

La aurora apuntó lánguidamente por el Este. Entre las ruinas se erguía una pared solitaria. De su interior una voz repetía una y otra vez, mientras el sol se elevaba sobre el montón de escombros, humeantes.

—Hoy es 29 de abril de 1985. Hoy es 29 de abril de 1985. Hoy es...

EL VIEJO Y EL MAR.

México: Editores mexicanos unidos, 1982.

Jonesco, Eugene.  
LA CANTANTE CALVA.

Kafka, Franz.

LA METAMORFOSIS. LA POSIBILIDAD DE LA VIDA.  
México: Editores mexicanos unidos, 1983.

LOS MEJORES RELATOS DE ANTIGIRACIÓN.

Bilibao: Ed. Argüera, 1973.

Quiroga, Horacio.  
CUENTOS.

México: Editores mexicanos unidos, 1983.

Rulfo, Juan.

EL LLANO EN LLAMAS.  
México: Ed. F. C. E., 1973.